

Bianca™



Seducción planeada
Catherine Spencer

Seducción planeada

Catherine Spencer



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2007 Spencer Books Limited. Todos los derechos reservados.
SEDUCCIÓN PLANEADA, N° 1777 - mayo 2010
Título original: The Greek Millionaire's Mistress
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2007

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8458-7
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

DESDE su posición a un lado de la tribuna de la orquesta, Mikos recorrió con la vista el atestado salón de baile y posó la mirada en la mujer que se acercaba a la mesa donde estaba Ángelo. ¿Quién era? ¿Y cómo no la había visto antes? La fiesta llevaba en plena actividad casi tres horas, pero sólo en ese momento, próxima la medianoche, ella había captado su atención.

Parecía estar sola y, como él, daba la impresión de desear permanecer como observadora de la fiesta. La diferencia radicaba en que él era muy bueno en lo que hacía, y sólo unos pocos de los presentes sabían que era más que el simple vicepresidente ejecutivo y confidente de Ángelo.

Por otro lado, ella se afanaba demasiado en no llamar la atención. Si uno quería desaparecer en el entorno, no se ponía un vestido llamativo y con un corte atrevido del suave color del atardecer en el Egeo.

Observando la sala una última vez, intercambió un gesto de asentimiento con los guardias de seguridad apostados en las puertas. Luego bajó del estrado y con andar casual fue hasta donde ella estaba medio escondida por la lujosa cortina en un nicho de un ventanal. Con el cabello y los ojos oscuros, podría haber pasado por griega, pero llevaba el tiempo suficiente en el ámbito social internacional como para reconocer a una europea cuando veía a una, y esa mujer no encajaba en

el patrón. Decidió que era estadounidense y se dirigió a ella principalmente en inglés.

—*Kalispera*. Creo que no nos conocemos.

Si la sobresaltó que un desconocido la abordara, no lo reveló.

—Creo que tiene razón —lo miró sin temor—. Aunque esta noche he conocido a muy poca gente aquí.

No terminó de reconocer su acento.

—Entonces, permita que remedie la situación. Me llamo Mikolas Christopoulos —«y mi trabajo es averiguar todo lo que haya que saber sobre ti».

—Encantada de conocerlo, señor Christopoulos —dijo impasible—. Yo me llamo Gina Hudson.

—Y no es estadounidense.

—No —repuso con una risa melódica—. Soy canadiense. ¿Eso le parece bien?

Repasó mentalmente la lista de invitados y estuvo seguro de que en ella no había canadienses.

—Por supuesto que está bien. ¿Con quién ha venido?

—Con nadie. Estoy sola, y aquí por encargo.

¿Una mujer trabajadora? Posiblemente. Pero de una cosa estaba seguro, no figuraba en la nómina de Tyros. Aparte de todo lo demás, Ángelo no creía en contratar mujeres, salvo para el personal doméstico, aunque le encantaba, incluso con ochenta años, tenerlas ocupadas en otras cosas.

Tembló al pensar en que pudiera encapricharse con ésa.

—¿Para hacer qué? —inquirió, alejándola del campo de visión de Ángelo.

—Escribir un artículo para una revista de Vancouver que, por si no lo sabe, se encuentra en la Costa Oeste de...

—Estoy familiarizado con Vancouver —cortó su intento de distraerlo—. Trabajo para Hesperus Internatio-

nal que, estoy seguro de que usted bien sabe, es propiedad del hombre al que se homenajea esta noche. Dos de nuestros cruceros navegan a Alaska desde Vancouver durante el verano. Es una ciudad hermosa.

—Sí —sonrió—. De hecho, es espectacular.

«Como tú», pensó él. Si desde lejos se la veía preciosa, de cerca era exquisita. Una morena de una belleza deslumbrante con figura de clepsidra y una piel del color de la miel. ¡Y esa sonrisa!

Forzó su atención donde debía estar y comentó:

—Me sorprende que los residentes de Vancouver estén al corriente de este acontecimiento, y más aún que les importe. ¿Cómo llegó a su conocimiento?

—Podemos parecerle personas que vivimos en el fin del mundo, señor Christopoulos —comentó—, pero en realidad nos mantenemos bastante en contacto con el resto del planeta. Ángelo Tyros es una celebridad mundial y la fiesta de su cumpleaños ha despertado bastante atención internacional. Y si tenemos en cuenta la amplia comunidad griega que hay en Vancouver, no debería sorprenderle que nos resulte digno de atención.

—Bueno, es cierto que puede crear titulares con sólo parpadear —concedió Mikos—. Pero para que usted recorriera una distancia tan larga por tan poco...

—Estoy de acuerdo, razón por la que, una vez que concluya aquí, planeo combinar trabajo con placer y dedicar una o dos semanas a descubrir las islas griegas.

Sonaba tan convincente, que casi la creyó. Pero no le pagaban para que «casi» nada; debía estar seguro en un cien por ciento. Ángelo no esperaría menos, y la vida del anciano ya había sufrido suficientes atentados como para que fuera así. Bajo ningún concepto iba a arriesgarse a exponerlo a otro, aunque en esa ocasión

la amenaza apareciera enfundada en seda y magnetismo sexual.

Señaló hacia la multitud de parejas que giraba bajo las luces tenues al son de la orquesta y adoptó su tono más persuasivo.

—Pero la intención de esta fiesta es que la disfruten todos, incluidos aquéllos que, como nosotros dos, no hemos venido por motivos estrictamente de placer. Así que hagamos a un lado el trabajo por unos momentos y bailemos.

—¿Está seguro de que a su jefe no le importará?

Miró hacia la mesa en la que Ángelo tenía la vista clavada en el escote de la mujer pegada a su hombro.

—Ni siquiera creo que se dé cuenta.

Siguiendo su mirada, Gina apretó los labios, al parecer poco impresionada por lo que veía, lo que potenció las sospechas que despertaba en él.

—Tiene razón. No lo hará.

—Entonces, no perdamos más tiempo.

Después de una breve vacilación, ella inclinó la cabeza y volvió a sonreír.

—De acuerdo. Me encantará.

—Puede dejarlo aquí. Estará perfectamente a salvo —le quitó el pequeño bolso de lentejuelas y lo ocultó detrás de la cortina. Luego, después de intercambiar una mirada significativa con Theo Keramidis, un agente de seguridad apostado a unos pocos metros, pasó el brazo por la cintura de ella, la sacó a la pista y la deslizó hacia el centro de la multitud.

La música transmitía su mensaje palpitante de urgencia primitiva, calculada para avivar la sangre de un hombre. El calor y la presión de los cuerpos que los rodeaban forzaron una intimidad que posiblemente ella habría encontrado ofensiva en cualquier otra circunstancia. De hecho, allí era imposible evitar el contacto

físico. No es que a él le importara. Controlada la situación de seguridad, estaba más que dispuesto para disfrutar del momento durante el tiempo que durara; y si de él dependiera, no sería pronto.

En cuanto sus ojos se habían encontrado, un muy elemental reconocimiento hombre-mujer había vibrado entre ellos. Estaba familiarizado con la leve excitación causada por una aventura fugaz. Pero la reacción visceral ante esa mujer en particular era diferente y hablaba de una conexión más profunda que iba más allá de lo corriente. Gina Hudson también era diferente. Tanto, que al reconocer la atracción que emanaba de ella, sabía que corría el riesgo de comprometer su integridad profesional.

Como eso era algo que jamás se permitía, sin importar lo tentadora que fuera la distracción, lo inteligente sería pasarla a un miembro más imparcial de su equipo. Sin embargo, cuando la orquesta pasó a un ritmo aún más lento, la envolvió en sus brazos y la pegó a él.

Era tan pequeña, que su mano abierta abarcaba una zona que iba desde la ligera protuberancia de la cadera hasta el borde superior del vestido. Como lo extendiera un centímetro, su dedo pulgar podría probar la piel suave entre los omóplatos. Y como la ciñera más con el brazo, rozaría la curva exterior del pecho derecho. Ese descubrimiento le lanzó una descarga de calor a la entrepierna y asestó un golpe mortal a la cautela que por lo general regía sus actos.

Jovialmente despreocupada del efecto que surtía sobre él, lo miró entre pestañas largas y sedosas.

—¿Es usted de Atenas, señor Christopoulos?

—No —respondió—. Nací en un pueblo en el extremo noroeste del país. Y desearía que me llamara Mikos.

—¿Es Michael en griego?

—Una variación regional del nombre. Mi nombre completo es Mikolas —el susurro del vestido, que coqueteaba con las perneras de sus pantalones, y la elasticidad de los pechos contra su camisa almidonada hicieron que se viera forzado a controlar su libido y su respiración.

La música terminó.

—Y bien, ¿qué más debería saber de usted, señorita Gina Hudson? —se obligó a concentrarse en su objetivo principal—. ¿Cómo pasa su tiempo cuando no cubre fiestas de la alta sociedad para su revista?

Una fugaz inquietud cruzó sus facciones antes de que pudiera camuflarla con otra risa jadeante.

—Nada muy estimulante, me temo.

«Pero tú sí lo eres», pensó él. «Estimulante... y más que un poco evasiva».

Con la mano aún en la espalda de ella, la guió hasta donde habían dejado el bolso. Gina volvió a pasarse la cadena plateada por el hombro y con destreza desvió la conversación lejos de su propia persona.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en Atenas?

—Desde mi adolescencia, cuando vine a trabajar aquí —sonrió sin alegría ante el recuerdo de aquellos duros años—. En otras palabras, hace mucho tiempo, en otra vida.

Ella miró por el ventanal hacia el tráfico de Vassilissis Sofias e hizo una mueca.

—¿No le importa el ritmo frenético, el ruido y la polución?

—No, siempre y cuando pueda escapar de vez en cuando. ¿Me equivoco al pensar que tampoco usted es amante de la grandes ciudades?

—Lo fui una vez. Ahora vivo en la casa familiar en las Islas del Golfo.

Lo sorprendió con eso. Consideraba que tenía unos

veinticinco años, algo mayor para seguir viviendo con sus padres, pero demasiado joven para encerrarse en una isla.

—Yo también tengo un pequeño refugio a unos kilómetros de la costa —comentó, dedicándole a Theo una mirada que recibió un gesto de asentimiento apenas perceptible en respuesta—, al igual que un apartamento aquí, en Lycabettus Hill.

—Me temo que eso no significa nada para mí. No estoy familiarizada con la distribución de la ciudad.

Acercando la boca lo suficiente a la oreja de ella como para percibir su perfume, dijo:

—Entonces, ¿qué le parece si pedimos algo fresco para beber y la llevo a la terraza del hotel para disfrutar de la vista de la ciudad? Allí estaremos mucho más tranquilos y no tendremos que hablar en voz alta para hacernos entender.

—Bueno... —ladeó la cabeza y frunció los labios con gesto pensativo—. Este salón es más bien ruidoso.

—Aguarde aquí, entonces, enseguida vuelvo —unos segundos más tarde, Theo se unió a él en el bar—. ¿Qué contraste en el bolso? —le preguntó.

—Nada extraño —respondió el guardia de seguridad—. Una pase de prensa válido, un poco de dinero en efectivo y las cosas habituales de una chica... un peine, lápiz labial, un espejo, esas cosas —se palmeó el bolsillo de la chaqueta—. Oh, y la llave de su habitación de hotel. De las antiguas, con el número grabado en ella.

—¿Pase de prensa, mmm? Dijo que venía para cumplir con un encargo de su revista.

—Entonces, parece que ha dicho la verdad.

—Desde luego —su satisfacción era prematura, pero eso no le impidió disfrutarla—. Buen trabajo, Theo. ¿Crees que podrás arreglarte sin mí durante un rato?

Theo no trató de ocultar su diversión.

—El tiempo que sea necesario con tal de averiguar en qué hotel se hospeda.

La vista desde el tejado del Grande Bretagne era impresionante. El hotel elegante y antiguo se hallaba en la manzana más prestigiosa del centro de la ciudad, dando a la Plaza Syntagma, al Parlamento y a los Jardines Nacionales y se encontraba a distancia de paseo de puntos muy turísticos.

Todo muy interesante, y así como sabía que en otro momento habría memorizado los detalles que él le proporcionaba, en ése le era arduo concentrarse. Incluso las columnas iluminadas del Partenón no lograban captar su atención por más de uno o dos segundos. Y todo porque, mucho más cerca, demasiado cerca para que se sintiera cómoda, la manga de la impecable chaqueta de Mikos Christopoulos no dejaba de rozarle el brazo desnudo. La voz, más oscura que la medianoche y más seductora que el chocolate, la hipnotizaba con la entonación extranjera. Y lo más perturbador de todo: el aura extremadamente masculina que irradiaba la envolvía en una red de percepción sexual que la dejaba atrapada como una mariposa desvalida en manos de un coleccionista.

Ajeno al efecto que surtía sobre ella, dirigió su atención hacia una zona situada al este del hotel.

—Por ahí está Kolonaki, una de las zonas más exclusivas de Atenas. Aunque a menudo se la menciona como el territorio de las embajadas, también alberga la zona financiera, así como algunos apartamentos muy caros y muchas cafeterías de moda.

—Pero no es ahí donde vive —comentó, más para cerciorarse de que todavía le funcionaba el cerebro—. Abajo mencionó un apartamento en Lika-algo-Hill.

—Lycabettus, así es —apoyó las manos grandes en sus hombros y la hizo girar un poco hacia el norte—. Se puede ver con claridad desde aquí. Pero trabajo en Kolonaki, en el complejo de oficinas de Tyros.

La mención del nombre de Ángelo Tyros sirvió para recordarle la razón de que estuviera en Grecia.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para él? —preguntó.

—Casi media vida, aunque no siempre en mi puesto actual.

—¿O sea que lo conoce bien?

—Tan bien como se lo puede conocer, sí.

—¿Qué clase de hombres es? Aparte de rico y famoso, por supuesto.

Mikos reflexionó unos instantes antes de contestar.

—Indestructible —respondió al final—. Como sabe, acaba de cumplir los ochenta años, pero sigue siendo un presidente activo, ante su mesa cada mañana a las nueve y esperando que los demás hagan lo mismo. Se enorgullece mucho de no haber faltado jamás en su vida un día al trabajo, ni siquiera cuando falleció su esposa, ni cuando su hijo único murió en un accidente de coche en una carrera, hace unos treinta años.

«¿Qué puede importar la familia al lado de amasar una fortuna?», pensó ella con amargura.

—¿Y usted admira a un hombre así?

—Lo respeto, le estoy agradecido, y, sí, le tengo cariño. Mucho. Puede que no siempre coincida con él o con las elecciones que hace, pero yo no estaría donde estoy hoy de no ser por Ángelo Tyros.

«¡Tampoco mi madre!».

No supo cómo logró contenerse para no decirlo en voz alta, pero algo de su desprecio debió de reflejarse en su cara, porque Mikos ladeó la cabeza para observarla mejor. Antes había notado que los ojos de él no

eran castaños oscuros como cabría esperar de un hombre tan clásicamente griego en todos los demás sentidos, sino de un verde claro. Enmarcados por unas pestañas largas y tupidas, eran una declaración arrebatadora en una cara ya bendecida con más de lo que era justo en belleza masculina. Pero aparte de eso, eran observadores y rebosaban aguda inteligencia. No lo engañaría con facilidad.

Se dijo que haría bien en no olvidarlo. Si jugaba bien sus cartas, ese hombre podría presentarle a Ángelo Tyros, algo que no haría si le daba razones para sospechar de sus motivos. Sin la ayuda de Mikos, una periodista desconocida como ella no tenía ninguna oportunidad de atravesar la muralla de seguridad y de acercarse al viejo.

Interpretando su silencio como desaprobación, Mikos dijo:

—Si he dado la impresión de que es frío e insensible, y de que está más preocupado con el poder que con las personas, deje que equilibre eso diciendo con absoluta sinceridad que también es capaz de gran generosidad y amabilidad.

—Intentaré recordarlo cuando escriba mi artículo.

La voz de él bajó, acariciándole la piel hasta encenderle todas las terminales nerviosas con un extraño cosquilleo.

—Y yo jamás olvidaré esta noche o este momento.

—¿Y eso por qué? —susurró ella a duras penas.

Una vez más, él apoyó las manos en sus hombros, pero en esa ocasión las subió por su cuello hasta enmarcarle la cara.

—Los dos sabemos por qué, *calli mou*.

En realidad, ella no. Oh, sabía que iba a besarla. Lo había sabido desde el momento en que salieron a ese jardín desierto, del mismo modo que había sabido que

se lo permitiría, porque aparte de cualquier otra consideración, era atractivo como un dios griego, y tan encantador que su sola sonrisa bastaba para hacerle vibrar todo el cuerpo. Además, hacía mucho que no se sentía deseable. Pero bajo ningún concepto eso respondía la verdadera pregunta: ¿por qué?

¿Por qué la había elegido a ella, una don nadie procedente del Canadá, sin linaje, posición o dinero que la hicieran sobresalir entre todas las mujeres hermosas que había en la fiesta?

Aferrándose a los restos de su cordura, tartamudeó:

—Eso no contesta mi pregunta, Mikos.

—¿No? Entonces, quizá esto lo haga —murmuró.

Y bajó la boca hacia la de ella para darle un beso que redefinió el significado de la palabra, al menos en lo que se aplicaba a su experiencia.

Entonces tuvo que sujetarse a él si no quería caer al suelo convertida en una masa fundida de hormonas. ¿Cómo podía un hombre convertir el instrumento más básico para la seducción en una herramienta de exquisita tortura sensorial, haciendo que su núcleo más secreto vibrara y quedara empapado?

¡Era una locura! Pero decirse eso no hizo nada para frenar un gemido inarticulado que escapó de su garganta. Ni para lograr que mantuviera las manos quietas. De hecho, se pegó a él y le rodeó el cuello, pasándole los dedos por el pelo suave y tupido al tiempo que abría los labios a la lengua persuasiva y lo dejaba hacer lo que quisiera con su boca.

«¡Recuerda por qué estás aquí!», le suplicó la débil voz de la razón. «¡No tendrías que haber venido hasta Grecia si lo único que querías era sexo!».

«¿Ni aunque sea sexo transformado en algo raro y maravilloso?», preguntó su otro yo desvergonzado.

«¡Ni siquiera entonces, idiota! ¿Qué clase de mujer